

NOVELA UNIVERSITARIA

LOCURA DE HONOR

POR

BENITO LYNCH

21 Septiembre 1921.

10 cts.



Dirección:

CESAR JOAQUIN GUILLOT — ANTONIO J. B. GHIBAUDI

Oficinas: CORRIENTES 951
U. T. 331, Flores

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

con una interesante obra
de los más destacados escritores
argentinos y extranjeros

Colaboradores

Emilio Gouchon Cané
Manuel Gálvez
Roberto Giusti
Benito Lynch
Juan Carlos Rébora
Manuel Maria Oliver
Juan P. Ramos
Isaac Pearson
Emilio Alonso Criado
Martiniano Leguizamon
Luis Maria Jordan
Angel Estrada
Josuè Quesada
Delfor B. Méndez
César Carrizo
Horacio Quiroga
Alvaro Melian Lafinur
José Fernández Coria
Hector Olivera Lavié
Arturo Gimenez Pastor
Eugenio Diaz Romero
Alfonsina Storni
Gustavo Caravallo
José León Pagano
David Peña
Belisario Roldán
Juan José de Soiza Relly
Pedro Sondereguer
Martinez Zuviría
Marcelo Peyret
José A. Dos Santos Lara
Lopez Silva
Héctor Pedro Blomberg
Ricardo Rojas
Juan Carlos Dávalos
Evar Mendez
Fernan Félix de Amador
Enrique Rivarola
Ernesto Mario Barrera
Mario Bravo
Carlos F. Melo
Enrique Orlandini
José Antonio Saldias
José Ingenieros
Jacinto Parral
Lorenzo Dagnino Pastore

LOCURA DE HONOR

POR

BENITO LYNCH

I

—¿Ah, ah?... ¡Tomá entonces!...

Y bajo la bóveda de cristales del "hall", el bofetón lanzado a todo vuelo, restalla como un latigazo, haciendo palidecer todas las caras y arrancando a todas las bocas un gran "¡oh!" de reprobación y sorpresa...

—¡Miserable! ¡Canalla!...

Y en tanto que con una mano en la mejilla, el hombre ultrajado retrocede lívido y más de diez personas apartando sillones y derribando mesitas, se arrojan al medio a intervenir, el otro, el ofensor, un mocetón de ojos audaces, yergue el busto como desafiando a todos y tuerce los labios en una amarga mueca que quiere ser sonrisa.

—¡Pero Fortunato, por Dios!...

—¡Pero Alfonsito, por favor, cállese!...

Y pálidos los unos, rojos los otros; temblorosos y excitados todos cuantos están allí, jóvenes o viejos, se apresuran a alejar uno del otro a los dos rivales, empujándolos a porfía, con las manos, con las frases o con los gestos...

—¡Parece mentira, hombre!

El primero en marcharse, es el ofensor, Fortunato.

—¡Bueno, bueno!... ¡Sí, señor, sí!...

Dice impaciente a un viejecillo enteco, que le aconseja al oído con voz llorona, y tomando su sombrero de la percha y encasquetándoselo de un golpe, abandona el club a largos pasos...

Después se va también Alfonsito, a quien acompañan dos amigos. Camina muy ágobiado y muy despacio y mientras anda, se aplica maquinalmente el pañuelo a la mejilla que le escuece y en donde ecomienza a dibujarse ya, un ancho trazo encarnado...

Y hay unos pocos segundos de silencio, pero apenas deja de verse el sobretodo gris de Alfonsito, moviéndose entre los cristales del molinete de salida, el comentario contenido un instante por las conveniencias, estalla y revolotea por el "hall", como un loco fuego de artificio:

—¡Que barbaridad!...

—¡Que escándalo!...

—¡Que cachetada!... digan más bien...

Y se forman diez corrillos y se discute a voces y se entera con aire espantado o dolorido o con sonrisas malignas, a los que bajan apresuradamente de las dependencias altas, y que en medio de aquel gran rumor de colmena, toman por un brazo a los amigos para interrogarles apremiantes:

—¿Qué fué ché? ¿Qué ha sucedido doctor?

—¡Y nada! — Contesta un mozalbete canijo, de cara ratonil y gesto avieso — ¡Y nada!... Que Fortunato Malatesta, le encajó un bife a Alfonsito Riogrande... ¡Nada más!...

—¿Cómo? ¿Y por qué? ¿Y no son tan amigos?

—¡Y yo que se!... La cuestión es que se lo encajó y que no habrá habido en el mundo, bife mejor colocado...

—¿Ah, ah?... ¿Y por qué, che?

—¡Y porque es un pavo y un echao p'atrás, que ya me tiene harto con sus paradas!

—¡Está bueno!...

Un señor grueso con lentes de carey, que rojo de indignación gesticula en medio de un corro, dice a grandes voces:

—¡Es una vergüenza; si señor!... ¡La comisión debe intervenir en este asunto!... ¡En un club como el nuestro, no pueden, no deben producirse estas escenas propias de bodegón, si señor, de bodegón!

Y como, excitándose con sus propias palabras, el señor grueso aquél, concluye por decir que hay que limpiar de "compadres" el "Pocker Club", y que Fortunato Malatesta es un compadre; uno de los que le escuchan, pierde la paciencia y desprendiéndose del grupo, se allega a él y le dice trabándole por las solapas:

—¡Vea: no le permito, no le voy a permitir que hable así de Fortunato!... ¿Qué se ha creído?... ¡Viejo estúpido!...

Y la fiereza del señor grueso desaparece con esto, tan instantánea y absurdamente como aquella rubicundez inquietante que le incendiaba la cara...

Otros son más prudentes... Así dos ancianos respetables que hundidos en sendos sillones cuchichean:

—Para mí, es odioso el muchachito ese — dice uno. — Que quiere usted, de tal palo tal astilla—le responde el otro.—¿Se acuerda el padre?

—Sí, pues...

Y ambos se miran en los ojos con sincero desconsuelo, meneando las blancas cabezas y avanzando despectivos los labios belfos...

En un grupo que forman tres jóvenes junto a una de las puertas interiores, dice uno de ellos, mozo alto y robusto, pero con rasgos faciales marcadamente simiescos y una mirada indecisa, que le hace en extremo desagradable:

—¿Y ahora Alfonsito le mandará los padrinos?... ¿Tiene que mandárselos, verdad? Miren; me gustaría ¡palabra de honor! que le metiera un trote al perdonavidas ese.

Otro del grupo se ríe al oirle...

—¿Qué?

—Que no se le haga el campo orégano...

—¿Por qué?

—Porque Riogrande no es hombre para "El Gringo".

—¡Bah! hombres somos todos llegada la ocasión...

—Es posible, pero que quieres que te diga, para mí esta no es ocasión para Alfonsito.

—¿Por qué?

—Porque Fortunato, además de ser "un toro" y un espadachín como tú sabes, es el "inventor" de Alfonsito...

—Alfonsito también tira...

—No digo que no, pero...

—¿Pero qué?

—!Que jorobar!... Tira porque Fortunato lo ha hecho tirar, como lo ha hecho hacer tantas cosas... Sino no tiraría tam-

poco.

—No te entiendo.

—Porque eres un ganso...

Y añade bajando mucho la voz:

—¿Quieres decirme, — y aquí para inter nos — quieres decirme, infeliz, quién lo ha hecho a Riogrande? ¿Quién lo ha impuesto? ¿Quién lo ha metido en todas partes?

—Yo no sé... A mí me parece...

—Vos no lo sabrás pero yo sí lo sé: ¡"El Gringo"! sí señor, ¡"El Gringo"!... Cuando el Ríogrande ese, vino acá no era más que un pobre gato; preguntale a cualquiera, un pobre tipo a quien lo teníamos todos para la cachetada... (bajando aún más la voz) ¡Mirá! El año nuevecientos dos...

—El, sin embargo, se da como emparentado con los Pérez de Medinacelli y con los...

—Yo no sé lo que el se da ni me importa, lo que yo sé, es que era un pobre gato como te he dicho, y que lo seguiría siendo, sin duda, sino fuera porque su gran amistad con Fortunato lo hace respetable... Mirá, el nuevecièntos dos, como te decía...

—¿Y Fortunato? ¿Quién es Fortunato?... Acaso porque tiene plata...

—¡Callate!... Ya empiezas a discutir como las mujeres...

—¡Pero si es cierto!... Acaso Malatesta...

—¡Cállate, te digo!.... que ahí viene el imbécil ese...

Y como "el imbécil ese"—un joven barbilindo — llega en efecto con las manos en las sisas del chaleco y haciendo saludos sonrientes, la charla cesa como por ensalmo y el grupo sin ningún miramiento se disuelve...

Otros dos jóvenes conversan también en voz baja.

Uno de ellos, en traje claro, habla apoyado de espaldas en la mesa central y haciendo sonar fichas de nacar en el fondo de su bolsillo.

El otro que acaba de llegar del teatro, sin duda, y que viste de etiqueta bajo su sobretodo obscuro, le escucha atentamente con la cabeza inclinada, un puño sobre la mesa y el sombrero de felpa apoyado en la cadera.

—...Y así fué... Todos saben lo que es "El Gringo"... un impulsivo... y nadie mejor que él, no debió olvidarlo...

—Sí, pero ¡caramba!...

—¡Claro que sí! Lo mismo pienso yo, pero tú sabes cómo es Fortunato y el otro...

—Sí... ¿Pero que han hecho? ¿Qué piensan hacer? ¿No preguntó por mí alguno de ellos? ¿No te habló Alfonsito?

—No ¡Que se yo! "El Gringo" salió como una bala, y Alfonsito se fué con Villanueva y con Pepe, creo... Sí, con Pepe... Hace un momento...

—¡Que broma! ¿No?

—¿Has visto? A mí me da mucha pena... Y más que todo ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque una punta de tipos estarán ahora bañados en agua de rosas... Tú sabes que hay muchos que no lo quieren nada a Alfonsito...

—Sí... Y hay otra cosa que recién se me está ocurriendo...

—¿Qué che?

—Que mucho me temo que Alfonsito se vaya a quedar con la injuria.

—¿Cómo? ¿Y por qué?

—Porque nunca fué un Cid como tú sabes y, además, porque "El Gringo" tiene sobre él un ascendiente enorme...

—Ya sé, pero ¿acorralado?

—No se que decirte... Pero en estas cosas pocas veces me equivoco...

—¿El se ha batido ya, me parece?...

—No.

—¿No se batió con Rozner?

—¡Qué esperanzas!... Estuvo por batirse... lo que no es lo mismo, y fué, precisamente, en esa oportunidad, que me dejó una impresión muy desfavorable...

—¿Si che?

—Sí... Y a ti que eres amigo suyo te lo puedo decir: Estaba completamente acobardado, "abatatado"; esa es la palabra....

—¡Que me cuentas!...

La pura verdad... Fortunato y yo fuimos sus padrinos...

—¿Pero él salió bien?

—¡Salió bien!... Salió bien gracias a la energía de "El Gringo", que se los metió en el bolsillo a los otros, que eran unos "zanahorias"... ¡Sino, quién sabe el papelón que nos hace hacer el muchacho de porquería ese!...

—¡Está bueno!

—Yo te aseguro que me da mucha pena. ¡Mirá que lápida la que se va a echar encima el desgraciado, si llega a tragarse semejante injuria!

—De veras...

Después, el joven elegante mira su reloj.

—Tú te quedas por acá, ¿verdad? San Payo...

—Sí; me voy a quedar un rato todavía...

—Bueno, mira: yo me voy a ir porque tengo un trabajo de urgencia en casa, pero te recomiendo mucho que digas dónde estoy, si por acaso alguno de los muchachos me buscase...

—Muy bien, pierde cuidado.

—No quisiera, ¿sabes? para bien de los dos, que el asunto fuera a caer en otras manos...

—Sí, sí, ¡muy bien!... no tengas cuidado, Hilario...

...Y mientras el joven elegante se dirije hacia la puerta de salida, el otro, el de traje claro, echa escaleras arriba, haciendo sonar sus fichas...

II

...Son las dos de la mañana y Fortunato solo en su alcoba, sentado al borde de la cama y sin más luz que la que proyecta la estufilla eléctrica, colocada allá, lo más lejos posible, es decir, junto a la puerta; continúa ceñudo, rumiando su enojo y su disgusto.

"¡Que trompeta!... Lo que siente es no haberle pegado una buena pateadura... ¡Mire el desgraciadito, queriendo levantarle el gallo delante de todo el mundo!... "¡Yo digo lo que me parece!"... "¿Y si me parece eso?"... ¡Tomá "me parece", imbébil!... ¿Y qué otra cosa iba a hacer? ¡Después dicen que uno es impulsivo! Se sintió en falso, en ridículo... La mirada del "compadre" ese de Robles"....

Y al llegar aquí, Fortunato siente un nuevo ramalzo de cólera salvaje contra Alfonsito: "¡Pero se necesita ser miserable, falso y trompeta!... Con razón todos dicen que es un

falso... "No te fíes del tipo ese" — el chino Laguna hará cosa de diez años, cuando empezó a andar recién con Alfonsito. — "Mirá que vos sos medio ingenuo, "Gringo"... No sabe lo que tenía Alfonsito, pero toda esa gente aguerrida en la arrebatiña de la vida, le miró en cuanto apareció, con antipatía y con recelo... ¡Ni que le hubieran conocido, ni que le estuviesen viendo lo que tenía adentro del alma, como al traves de un vidrio!... A él, en cambio, le pareció un muchacho decente, un hombre bien nacido y sin más defectos que los de ser un poco flojo y tener alguna de esas anomalías de carácter, que suelen observarse a menudo en los muchachos que han recibido hasta muy grandes, una educación exclusivamente femenina"...

"¡Ah, ah!... Habían tenido cada pelotera por esa causa... Poseía como nadie y tal vez porque le conocía tanto, una habilidad especial para exasperarlo hasta la locura. Bueno, pero también es cierto que aguantaba cualquier cosa... ¿Una vez, allí mismo, en su cuarto, no le apretó el cogote hasta hacerle sacar la lengua de una cuarta? ¡Ah, ah!... ¡Y después, tan amigos como antes!"...

"Es que es perverso, femeninamente perverso..." ¡Yo digo lo que me parece! ¿Y si me parece eso?"

"¡Sinvergüenza! ¡Cochino!... Robles, el mismo Robles que es un compadre y un imbécil se calló en seguida: "Dispénseme, ha sido una broma'"... Y él, el amigo, el confidente, él... ¡la gran perra!... si no es como para romperle el alma"...

Y borrado por el encono y en absoluto, de su espíritu todo otro sentimiento que no sea de odio o de sincera repulsión hacia su compañero inseparable de pocas horas antes, Fortunato ve ya mentalmente, la estocada que le ha de meter en el cuerpo a Alfonsito:

"¡Pst!... Un desenganche y un "batimiento" en cuarta y ... ¡zás! al brazo... ¡Ya se le va a escapar el desgraciado!... Fué el mismo golpe que le hizo a Caraballo... Sólo que aquella vez, la punta en vez de dar en el brazo, se desvió y fué a dar en el pescuezo"...

Y al ejecutar maquinalmente con la mano, el movimiento en que piensa, Fortunato tiene una sonrisa despectiva:

"¡Un infeliz!... No tiene fuerzas, ni serenidad... Uno le agarra el fierro con un "ligamiento" en cualquier línea y le mete la punta por donde quiere... Jamás ha conseguido que al tomarle "el débil" acierte a cerrar la distancia... ¡Al contrario!... Trata de disparar a destiempo y uno lo ensarta en el aire como un pájaro...

Y al recordar esto, Fortunato se acuerda también de los ojos que pone Alfonsito cuando lo cargan reciamente en la pedana, y sin querer se sonríe... Siempre le ha hecho una gracia enorme, aquella expresión de los ojos azules de su amigo, cuando atacado con violencia, retrocede con la punta su línea y hecho un ovillo, como si quisiera meterse entero en el hueco de la taza... Su boca puede sonreir detrás de la careta todo lo escéptica y burlona que se quiera, pero sus claros ojos se agrandan siempre con un azoramiento tan ingenuo e infantil, que es como para morirse de risa...

—"¡Che, che! ¡Viejo loco!... ¡Avisá!

Y mira el botón del arma contraria, como si fuera en realidad una punta de combate agudísima y manejada por la mano de un Pini...

"Una vez"... Pero Fortunato que arrastrado por sus re-

cuerdos volvía ya a sonreir en lo obscuro, contrae de nuevo el ceño:

"Sí, muy gracioso, muy divertido, pero... ¡que se jorobe por imbécil!"

Y resuelto a no pensar más, para no sufrir las consecuencias de la cólera, que el recuerdo de la acción de su amigo le produce, Fortunato enciende la luz y tras un largo desperezo felino, se dispone a acostarse, cuando su mirada cae por casualidad sobre un blanco pliego que está sobre la mesa.

—¿Y eso?... ¡Ah, la carta!... La carta de la viejita, de la madre de Alfonsito.. Precisamente se la dejó aquella mañana él mismo, para que la leyera, para que viese cómo le enviaba recuerdos su vieja, desde allá, desde el fondo de su lejana provincia y cómo había puesto con su letrilla minuciosa y temblona: "Dile a tu amigo, que siempre me acuerdo de él, que te cuide, que no te deje trasnochar ni hacer nada malo y que para cuando venga otra vez le estoy preparando un arrope de uva que es una delicia"...

"¡Pobre señora! ¡Si supiera!... Cuando estuvieron allá, hace dos años le recomendaba el hijo, como si se hubiese tratado de un nene recién nacido"...

Y Fortunato, pensativo, con la frente arrugada y el saco a medio quitar, se queda mirando fijamente el blanco pliego que está sobre la mesa...

"Sí... ¿pero qué va a hacer él?... ¿Qué puede hacer él? La cosa ya no tiene remedio... ¡Ni aunque fuera su propio hermano!... ¡Su propio hermano!... "¡Fortunato! se lo confío... Cuídemelo como si fuera un hermano, un hermano mayor, ¿verdad?... ¡Caramba!... Aquello me da miedo... ¡Es tan grande, tan grande y la gente es tan mala... ¿No?"...

¡"Pobre señora!... ¿Pero qué culpa tiene él?... ¿Le prometió acaso dejarse insultar por su hijo delante de todo el mundo?... Y después que no siendo ya amigos. ¡Amigos!... Y pensar que él creyó alguna vez en eso... que dijo en más de una ocasión a voz en cuello: "¡Alfonsito es mi amigo y no te lo permito!"... ¡Já, já!... ¿Amigo?... Amigo para que le preste plata; amigo para que lo recomiende a fulano o a zutano; amigo para que uno no vaya al baile de un mengano cualquiera, porque "el señor" está disgustado con el mengano aquel!"...

"Pero, después él tiene sus cosas buenas ¿no?... El es el que se ocupa siempre de todo lo engorroso... Que el banco, que las hipotecas, que los alquileres... Sabía hacer justamente, todo lo que él no podía o no quería o no le gustaba hacer..."

"¿Y cuando se rompió la costilla?... ¡Ah, ah!... ¿Quién sino Alfonsito fué el que le suavizó aquellas inolvidables torturas de la inmovilidad absoluta?... ¡Caracho!... Hasta el mismo médico engañado por una asistencia tan abnegada y tan asidua, ¿no decía a cada rato:? "Su hermanito esto, su hermanito aquello."

"Bueno, pero él también... ¡Caray!... había sido en realidad para Alfonsito más que un hermano... ¡Si tuvo cuestiones por él, sobre todo en otras épocas; si repartió castañazos!... No lo querían; todo el mundo trataba de molestar y deprimir al pobre muchacho, como si de su humillación y achatamiento hubiesen dependido la grandeza y el bienestar general... ¡Ah!... Pero él les cortaba el pasmo, le cortó el pasmo a más de uno!... "Malatesta: Quisiera que me acompañase a probar mi coche nuevo".. "Con mucho gusto —

respondía él — con mucho gusto... ¡Vamos Alfonsito!'' Al otro se le alargaba la cara: ''Es que tres no cabemos''... ''Entonces siento mucho, che, porque ya sabe que sin éste, yo no voy a ninguna parte''...

O bien:

—''¿Pero lo llevamos a Alfonsito Ríogrande?''...

—''¿A Ríogrande?... No. Disculpá... Yo te invito a vos y a nadie más''. — Decía algún impaciente atrevido, y él a su vez le replicaba con toda grosería:

—''Entonces, querido, obligado a elegir entre tú y él, me quedo con él, sin duda alguna''...

''Y se armaba una de patadas o no se armaba, pero, la cuestión es que él lo imponía a Alfonsito, y que a veces hasta hallaba gusto en ello, porque había observado que siempre eran los más ''roñosos'', los más intransigentes.''

Y Fortunato, jugando distraidamente con el grifo del lavatorio, menea la cabeza:

''¡Y tanta amistad y tanta macana, para venir a parar a esto!... A ser, precisamente, él, quien haya hecho a Alfonsito víctima del más tremendo ultraje que se pueda inferir a un hombre.. ¡Una cachetada!... ¡Caray!... A él le parece que si le pegaran una cachetada, reventaría allí mismo como un escuerzo, como una bomba y mataría a su ofensor con sus propios fragmentos... Bueno; pero él no tuvo la culpa... toda la culpa... ¡Lo malo que haya sido delante de la gente!... Lo que le da más rabia, es que ya habrá una punta de imbéciles, mucho más imbéciles y flojos que Alfonsito, que estarán muertos de gusto... ¡Ah, ah! Lo que es al Robles ese, la primera vez que le eche la vista encima!... Hoy se escapó con un hilo en una pata''...

Y ''El Gringo'' después de sacudir la cabeza y de trazar con el índice una rúbrica enérgica en la superficie empañada del cristal del espejo, comienza a desvestirse:

''¡Que Diablos!... ¡Que se va a hacer!... ¡La vida es así!... Y después de todo, él no piensa matarlo a Alfonsito... ¡Bah!... Un puntazo o dos en el brazo o el antebrazo y se acabó... ¿Qué más quiere?... Se bate con un ''crack'' de las armas y después se da corte''...

Pero en el momento mismo, en que casi sonriente ya, va a colgar su saco en el guarda-ropa, Fortunato se detiene y con la prenda en la mano y el entrecejo contraído, se queda mirando hoscamente el suelo...

Y es que acaba de ocurrírsele recién, ''una cosa tremenda'', una cosa que le hace latir las arterias en las sienes y sentir como un desfallecimiento doloroso en el fondo del corazón:

''¿Y si Alfonsito?... ¡No; no es posible!... Alfonsito es flojo, es cierto, pero no como para llegar a semejantes extremos, para tragarse una injuria pública de tal calibre, para arruirnarse para siempre... Alfonsito llegado el caso... ¡Caramba!''...

Y dejando el saco sobre la mesita aquella, en donde está la carta de la madre de su amigo, Fortunato, con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada y el ceño adusto, torna a pasearse por la pieza....

''Valiente no es, ¡claro que no tiene nada de valiente! perc... ¡en fin!... pero Braulio Carpente lo trató muy mal, es cierto... ¡Bueno!... pero... ¿Y aquel otro? ¿Cómo se llamaba aquel otro tipo?... Paine o Peine... allá, en el Hipódromo... ¡Pucha que cosa!... ¿Por qué la naturaleza hará esas macanas?... Siempre lo ha pensado... Darle valor a un

rufián cualquiera, guarango y bruto, y negárselo a un hombre bien nacido, inteligente y honesto.... "¡Usté es un sinvergüenza y lo que va a sacar, es que yo le rompa el alma!"... "¡Bueno, bueno!"... "¡Quien le ve la figura al atorrantito este!"... Envalentonado y delante de todo el mundo el compadrón asqueroso y borracho aquel y Alfonsito: "¡Bueno, bueno!'"... y de ahí no lo sacaban... ¡La gran perra!... ¡Si no era como para reventar de rabia y de vergüenza!... ¡Diga que uno no puede meterse siempre, porque acaba por parecer un matón o guarda espaldas, que si no!"...

"¡Si, pues!... ¿Y cuando le dió por festejar a la gorda aquella que tenía como veinte novios?... ¡Que calores!... El otro se ponía en el umbral de su casa, a dos puertas de la de ella, y le clavaba los ojos a Alfonsito, de la manera más provocadora e insolente, desde que daban vuelta la esquina... "¡Ya te mira, ya te está mirando! ¡Rompele la cabeza!"... "¡Dejá, dejá!"... Y mientras desfilaban ante la Dulcinea, era como para reventar de risa, a pesar de la rabia... Alfonsito muy tieso y muy colorado, sin mirar a su contrario, que le buscaba los ojos, y él, Fortunato, con los suyos furiosamente clavados en los del compadrito, que a su vez no le miraba ni por pasteles... Un día no pudo más y le pegó una patada en las canillas"...

"¡Caray!"... pero esto no podía hacerse siempre... Era ponerlo en ridículo al mismo Alfonsito... Si... no; como valiente no tiene nada de valiente el pobre... ¡Caracho!... La noche aquella de carnaval, en que lo mataron a "El Negro" Zamora, ¿no lo encontró descompuesto, vomitando dentro del automóvil?"...

Y "El Gringo", enojado, se dice mentalmente, mientras frota con la palma de la mano, una de las bruñidas perillas de su cama.

"Bueno... ¡Pero que jorobar!... ¡Aquí se trata del honor de un hombre, aquí se trata de jugarse la reputación para toda la vida!... ¡Que caracho!...

Y después ya más calmado:

"Si pudiera aconsejarlo como otras veces... ¡Caramba!... cuando el caso de Perico Rozner... ¡Ahí tiene!... Cuando el caso de Perico Rozner"...

...Y son tan amargas y tan decisivas las reflexiones que el tal caso le sugiere, que Fortunato, de pronto, con la cara crispada como por un dolor lancinante, consulta su reloj, se pone el saco, toma de la percha un sobretodo y un sombrero, y dejando la alcoba con la puerta abierta y las luces encendidas, se precipita escaleras abajo, hacia la calle...

III

—¿El señor Ríogrande, entró?

El portero, un vejete somnoliento, mira primero el cuadro de las llaves y después a Fortunato, que con el ala del chambergo sobre los ojos y el sobretodo negro completamente gris a causa de la gran niebla que hay afuera, se restriega las manos nerviosamente.

—Está en su departamento, sí señor.

—¡Gracias!...

Y andando de puntillas, el mozo se lanza resueltamente por el patio lleno de plantas y resbaloso de humedad, hacia la úni-

ca puerta a la sazón iluminada y una vez ante ella, se inclina y mira a través de los cristales.

Efectivamente, allí está Alfonsito, su amigo, el hombre bárbaramente afrentado por su mano.

Fortunato al verle, siente que una extraña emoción le detiene en el sitio. Envuelto en su famosa bata a bastones color chocolate, Alfonsito, de codos sobre el escritorio, la cabeza entre las manos y completamente inmóvil, le parece la imagen viva y conmovedora de la desolación más absoluta...

Pero Fortunato se repone en seguida y abriendo bruscamente la puerta, entra en la estancia.

Alfonsito al verle, medio se incorpora asustado:

—¡Vos! — dice. — ¿Qué querés todavía?...

Y en la blancura de su mejilla izquierda, que la repentina emoción acentúa, campea la marca siniestra del ultraje, como un clavel morado de tres pétalos...

Pero Fortunato no repara en nada y una vez junto a Alfonsito y sentado a medias en uno de los ángulos del escritorio, le dice con voz contenida y sorda:

—Vengo a decirte... ¿sabes?... que me mandes los padrinos, que tienes que mandarme los padrinos... ¿oyes?...

Los ojos de Alfonsito se agrandan de asombrado espanto.

—¿Qué?... ¿Por qué?... ¡Ah!... ¿Querés matarme ahora también?...

Y lleno de zozobra y de sincera indignación, el mozo deja su asiento y volviendo la espalda a su amigo, camina indeciso hacia el otro extremo de la alcoba. Pero Fortunato le sigue y le detiene tomándole por un brazo:

—¡Vení para acá! ¡Oíme!...

Alfonsito se desase de un tirón brusco y gime con voz colérica:

—¡Canalla!... ¡La que me has hecho!... ¡Miserable!... ¡Canalla!...

Y de nuevo trata de apartarse, pero Fortunato no le deja:

—¡No! — resuella sofocado por el coraje — ¡No!... el único canalla y miserable que hay aquí, sos vos... ¡vos!... ¡sinvergüenza!...

—¡Bueno, bueno!...

...—¡Sí!... Como me lo has probado esta noche... pero, como yo no soy como vos... ¿sabés?... no me importa... y como te conozco y sé de lo que sos capaz, vengo a decirte que me tenés que mandar mañana mismo tus padrinos, porque si no te rompo la cabeza.. porque no quiero que te deshonres... ¿sabes?...

Alfonsito sonríe con despectiva amargura:

—Eso lo debiste pensar hoy y no ahora...

Y añade en seguida, en un remalazo de indignada cólera:

—Hoy y no ahora... ¡Cobarde!... ¡Traicionero!... ¡Delante de todo el mundo!.

Y después de clavar sus ojos furibundos en los de su amigo, va y echando los brazos sobre la repisa de mármol de la chimenea, solloza sobre ellos, como una mujer o como un niño:

—¡Canalla!... ¡Traicionero!... ¡Cobarde!... ¡Sí, sólo un cobarde!...

Fortunato da una vuelta completa sobre sus tacones, y luego acercándose mucho e inclinando hacia Alfonsito su cara crispada y pálida, le dice casi al oído y como masticando las frases:

—Mirá, Alfonso: No me hagas perder la cabeza... No me hagas volver loco, porque te mataría... Si he venido a verte

después de lo que me hiciste esta noche y que tengo metido aquí como una puñalada...

Alfonsito al oirle, levanta la cabeza y clava en él sus ojos furiosos barnizados de lágrimas:

—¿Yo?... ¿Qué te he hecho yo, querés decirme?... ¿qué te hice yo?... ¡Canalla!...

Fortunato al oir esto, se queda desorientado, estupefacto, se queda como un potro enlazado, como un animal salvaje detenido en mitad de su fuga por un cerco... No se sabe si está por irse, si está por lanzarse sobre su amigo como un lobo.

—¿Qué?... ¿Vos?... Yo... ¡Mirá!...

Pero haciendo un gran esfuerzo de voluntad, consigue dominarse.

—Mirá, Alfonso — dice — dejemos eso, es mejor, te lo pido por tu madre; dejemos eso para después, para otro momento y... hablemos de esto ahora, de esto que es mucho más grave y más urgente... Mirá: yo... yo te he pegado, es cierto, y creo que te pegaría mil veces en el mismo caso, pero yo no quise, yo no pensé ¿sabés?... hacerte tanto daño... Yo...

Y se interrumpe para volver por un instante hacia la puerta cerrada, sus negros ojos agresivos, como si sospechara algún atisbo.

—... Pero yo... Pero yo... ¡Mirá Alfonso, yo no quiero que te deshonres por mi culpa!...

Al oir esto que no comprende y que le parece una monstuosidad de loco, ya que no un sarcasmo sangriento, pues su amigo le habla con visible emoción de pena, Alfonsito aturdido, irritado, se subleva de nuevo:

—¿Vos?... ¿Mi honor?... ¿Vos que acabás de afrentarme delante de todo el mundo?... ¿Vos que acabás de arruinarme para toda la vida, vienes a hablarme ahora de mi honor?... ¡Verdaderamente no se qué es lo que te propones!... Vos...

—Callate y oíme...

Y tras una nueva ojeada cautelosa, hacia la puerta que da al patio, el mozo pregunta a su amigo con acento incisivo:

—Decime la verdad Alfonso... ¿qué has pensado hacer vos?...

Alfonsito baja los ojos y juega indeciso con una de las borlas de su bata.

—Yo... ¿yo?... ¡Y nada!... ¿Qué querés que haga?...

E inclina más la cabeza, como un chico manso que confiesa una falta... Fortunato tiene que levantarle la cara por la barbilla, para poder verle los ojos.

—¿Pero vos estás loco?... ¡Decí!... ¿Sabés acaso lo que estás hablando? ¿Crees que te puedes quedar así, bárbaro?... ¡A ver hablá!...

Alfonsito alza sus ojos acobardados y replica apartándose un poco de Fortunato:

—!Y qué voy a hacer!... Yo no tengo la culpa...

Fortunato da un respingo:

—¿Cómo que vas a hacer?... ¡Vas a batirte conmigo mañana mismo, vas a sacarte cuanto antes esa porquería que tienes ahí en la cara; vas a demostrarle a toda esa chusma, que está gozando ahora con tu humillación, que eres un hombre a quien no se ofende impunemente y un hombre que respetando todos los convencionalismos sociales, no puede, honestamente, hacer excepción única de aquel más peligroso!... ¡Eso vas a hacer!...

Alfonsito abre mucho sus ojos azules azorados y retrocede un paso:

—¡Ah!... ¿No ves?... ¿Querés matarme ahora?... ¿No estás contento todavía?...

Fortunato agita la cabeza con desesperación:

—¡Pero no, hijo!... ¡No seas bruto, no seas infeliz; no te ofusques de esa manera!...

Y añade en seguida, tratando de hacèr su voz todo lo blanda y persuasiva que su propia excitación le consiente:

—Mirá, Alfonsito; oime... Si yo estoy aquí, es precisamente porque no quiero hacerte ningún daño... ¡al contrario!... porque deseo evitar que te hagas un mal horrible, no teniendo quien te aconseje en estas circunstancias... porque quiero evitar que te deshonres... ¡entendeme!...

—¡A buenas horas!... ¡A eso lo debiste pensar hoy y no hacerme la infamia que me has hecho!...

A Fortunato le relumbran los ojos, pero no reacciona y sigue hablando a su amigo en ese tono con que suele hablarse a los enfermos:

—Sí, Alfonso; pero no lo pensé, y por eso pago mi culpa cometiendo esta enorme irregularidad de venir a verte... Jamás se me ocurrió sospechar que esto pudiera llegar a significarte tanto daño... yo...

—¡Vos sos un egoísta y un bárbaro; vos no te preocupas más que de tu honor y de tus macanas de guapeza y a tu honor y a tus macanas me has sacrificado por una pavada, como a un desconocido, como a un atorrante cualquiera!...

—No era una pavada... ¡che!...

—¡Sí!... era una pavada, una macana, una estupidez; pero vos no me la pudiste perdonar, porque era preferible que yo me deshonrara para siempre, antes de que tu amor propio de matón sufriera el más leve desmedro en presencia de la gente ¿verdad?... Pues ahí tienes... Ya me has deshonrado, ya me has arruinado; ya puedes estar contento... ¿Qué más quieres?...

Fortunato consulta su reloj y después comienza a decir casi risueño:

—Mirá, Alfonso: Dejemos eso ¿queres?... y vamos a hablar en serio que el tiempo pasa y...

Pero Alfonsito excitado como está, le interrumpe con violencia:

—¿Pero que te has pensado?... ¿Vos te crees que yo soy algún loco, algún otario, para ir a hacerme matar por vos todavía?...

—No se trata aquí de matar a nadie...

—¡No se trata de matar!... Pero se trata de ir a dejar que me metas una estocada ¿no?... de que prevalido de tu habilidad y de tu fuerza, después de haberme ofendido como un canalla, todavía me lasmites o me mates quizá... ¡sí!... me mates con seguridad, si acaso le conviene a tu amor propio o a tu egoísmo brutal, cuando estés en el terreno... ¡No, muchas gracias, Fortunato!... Dejáme y no te preocupes más de mí... Mañana mismo renuncio a la presidencia del comité, renuncio a todo y me voy a mi provincia... ¡sí!... allá, con mi pobrecita madre, que sabrá, al fin, quién eres y que tendrá compasión para mi vergüenza!...

—No digas tonterías Alfonso... estás ofuscado... Mirá, cuando un hombre...

—¿Ofuscado?... ¡Mirá! Te juro por mi alma que lo he pensado bien y que ya no me importa nada, absolutamente nada, de nada!...

—¿Querés deshonrarte?...

Alfonsito recostado en el escritorio y jugando nerviosamente con las borlas de seda de su bata, se alza de hombros:
—¡Que me importa!...
—¿Cómo, "que me importa"?... ¿Querés hundirte?... ¿Querés arruinar para siempre tu carrera política, desprestigiándote ante esos electores que hemos conquistado con tanto trabajo?... ¿Querés que todos los trompetas que te odian, te echen por delante, se rían en tus barbas y te escupan en la cara?... ¡A ver, decí!...
—¡Y qué voy a hacerle!... Vos tenés la culpa...
—¡No!... yo no tengo la culpa... ni vos tampoco... La tiene la naturaleza que te hizo un hombre inteligente y honesto, pero que se olvidó de darte una buena dósis de esa energía moral que a veces derrocha en los trompetas y que es tan necesaria para las luchas de la vida; la culpa la tiene la humanidad civilizada que inventó este convencionalismo del duelo, todo lo bárbaro que quieras, pero no menos respetado y respetable que cualquier otro... ¡Mirá!... yo...
Pero Alfonsito no le deja continuar:
—¿Vos?... ¡Que gracia!... Para vos es muy cómodo, porque sos un espadachín, por que te has batido cien veces, porque estás seguro de vencer... ¿no?...
Fortunato se sonríe con amargura, meneando la cabeza:
—¡Callate! no digas barbaridades... ¡Parece mentira que todavía no hayas entendido! ¡Parece mentira que seas tan bruto!...
Y Fortunato continúa bajando la voz:
—Podías suponer ya, que si he venido a verte en la situación en que nos hallamos, es decir, cometiendo una verdadera trasgresión de las prácticas, que me repugna y avergüenza y que, además, puede costarme muy cara, no habrá sido para sacarte ventajas que no necesito, si no para aconsejarte, para ayudarte, para salvarte; para hacer por vos lo que no creo que haya hecho hasta hoy ningún hombre, por simple amor hacia otro hombre!...
Alfonsito desconfiado, contrae mucho las rubias cejas:
—No se... No te entiendo...
—Esto: Yo sabía perfectamente, porque te conozco como a mis manos, porque te conozco más que tu madre, que vos no eres capaz de batirte en duelo, no digo conmigo... ¡con nadie!... ni con el último desgraciado que se atraviese en tu camino...
—Yo...
—Sí, ya sé... vos no tenés la culpa. ¡Bueno!... yo sabía eso, pero me olvidé... Te juro por la memoria de mi padre que me olvidé como un imbécil, que sino no te hubiera hecho lo que te hice... porque aunque vos sin consideración alguna te portaste conmigo como un puerco...
—Yo...
—¡Callate!... como un puerco.. ¡sí!.. tu porquería no merece la enormidad de castigo que por razón de tu modo de ser puede resultarte... ¿Me comprendés?... Yo no pensé nada en la ofuscación del momento y aunque hubiera pensado, habría sido, sin duda, lo que lógicamente se puede pensar en esos casos: "¡zás!... ahora una cachetada y mañana un par de balas por barba u otros tantos hachazos"... Yo... ¡mirá!... con mil amores, por la chanchada que me has hecho, te metería dos cuartas de fierro en la barriga, pero te juro que no soy capaz, que "no quiero"... ¿entiendes?... "¡no

quiero!"... matarte moralmente... así se venga el mundo abajo!...

Alfonsito sonríe en una mueca:

—¿Pero quieres matarme... físicamente?...

Fortunato se queda un momento callado y después dice con esfuerzo, meneando la cabeza:

—No, Alfonso... yo no quiero matarte; lo que yo quiero simplemente, es que vayas al duelo... Yo te aseguro... ¡mirá!... te juro, que no pasará nada malo, que yo...

—¡No sé de qué manera!...

—!Oh!... eso es lo de menos... Un pinchacito en cualquier parte... ¡Mirá! yo...

Alfonsito tiene un gran gesto de repulsión:

—¡Estás fresco!—dice.—¡Cualquiera sabe en el terreno adonde va la punta y lo que puede resultar un pinchacito!... ¡Estás loco!...

Fortunato vuelve a menear la cabeza y sonríe con amargura:

—¡Caramba!... ¿Tienes miedo?... ¿No me tienes fe?...

Y añade en seguida, como avergonzado, bajando mucho la voz y después de echar una nueva ojeada hacia la puerta:

—¡Caray!... ¡Mirá!... Me das un poquito de antebrazo, un envite de sexta... ¿Sabés?... y ya está.

Pero Alfonsito se alborota:

—¿Ah, ah?... ¡Estás fresco!... ¿Para que me cortés una vena, una anteria y me vaya en sangre?... ¡No, muchas gracias! ¡Yo se lo que son espadas!...

Fortunato insiste suave y persuasivo:

—Vos sabés que yo domino bien el fierro y que hago...

—¡Sí! en el club, en la pedana... Acordate del agujero que le hiciste a Caraballo en el pescuezo... ¡No!... ¡Muchas gracias!...

Y hay un corto compás de silencio, durante el cual Alfonsito hace jirar vertiginosamente, una de las borlas de seda de su bata, y Fortunato, con la cabeza inclinada juega, haciéndola correr bajo la suela de su zapato, con la cerilla de un fósforo que acaba de ver en el suelo. Al cabo dice Fortunato:

—Bueno, yo había pensado eso... me parecía lo más serio y lo más lógico, pero si no quieres, para mí es lo mismo... Tocame vos a mí... La cuestión es que salgamos de esta porquería ¿verdad?...

—¿Y cómo?

—Y muy fácil: Vos tendés el fierro, bien cubierto en sexta siempre y yo "a distancia", de doy antebrazo aquí arriba y como si fuera en envites de cuarta, hasta que me toqués...

—Sí, pero...

Fortunato sonríe:

¿Pero qué?... ¿El qué?... ¿El golpe?...

No. ¿Eso que me propones, eso de ir así, convenidos al terreno?...

Y Alfonsito sonríe entre ingenuo y perverso, en tanto que Fortunato vacila, se pone pálido y deshace nerviosamente con el pie, la cerilla de fósforo que tiene bajo la suela.

—¡Claro que no! — dice al fin. — Claro que es una porquería y una infamia, una cosa como para pegarse un tiro si los padrinos la sospecharan tan solo... Pero es que...

—¿Y entonces?...

—¿Y entonces qué?

¿Como tú, que eres tan entendido en esas cosas y tan puntilloso?...

Fortunato vacila nuevamente y torna a ponerse pálido, pero en seguida grita a su amigo con los ojos fulgurantes y la cara descompuesta por la vergüenza y por la ira:

—¿Como te lo propongo, no?... ¡Canalla!... ¡miserable!... ¡cobardón inmundo! Te lo propongo ¿sabés? porque se que no hay otra manera de sacarte del fango en que estás metido, de conseguir que vayas al terreno... ¡Por eso, sinvergüenza... ¡Por eso, por vos, hago esta porquería que me da asco!...

—!Que generosidad!...

Fortunato levanta una mano, pero en seguida la baja y metiéndola profundamente en un bolsillo, dice con voz vibrante e incisiva:

—¡Sí, generosidad, desgraciado!... ¡Sí, generosidad, bruto o miserable; generosidad que no tendría de mil hombres uno, que no ha tenido quizá nadie en la perra vida!... ¡Sí... puerco!... sí, generosidad mía, casi exclusivamente mía, porque se que no la tendrán nunca ni vos ni millones de hombres como vos o mucho mejores que vos, sea por bárbaro egoísmo hacia el honor ajeno, sea por no haber alcanzado bien, lo que el honor representa!.... ¡Yo se que soy un imbécil, que no sirvo para nada, pero se también que no hay ningún nacido que pueda decir, sin calumniarme, que en los veintinueve años que tengo de vida, haya cometido una sola bajeza, una sola villanía, una sola de esas cosas que manchan el honor de los hombres, según los convencionalismos de ellos mismos y aunque más no sea y ante el tribunal de sus propias conciencias!... ¡Dicen que soy impulsivo y loco, pero juro a Dios, que mis impulsos nunca se llevaron por delante ni un solo pedacito de mi integridad moral, es decir, de la moral de mi tiempo, por lo menos, de la moral que me enseñaron en la cuna!... ¡Impulsivo!... ¡Seré impulsivo, quizá, pero impulsivo honesto, de una clase de impulsivos que estoy cierto que no abunda!... Hay impulsivos que no pueden sujetar sus manos ante la caja de caudales confiada a su custodia; hay impulsivos que aunque estén investidos de los títulos más austeros que da la sociedad, no pueden contener los arrestos de su temperamento ardoroso, ante los atractivos de una inocencia de mujer confiada también a su custodia; hay impulsivos, en fin, cuyos empujes siempre rumbean hacia el lado de los estercoleros morales, pero nunca, jamás ni por equivocación, hacia la cumbre de un noble disparate o de una heroica locura! Vos mismo, sin ir más lejos, que una vez me confesaste que no habías podido resistir el impulso loco de abrazar y besar a la mandadera de la planchadora, una pobre criatura de doce años... ¿a qué no tienes ahora el impulso también loco, de agarrar, por ejemplo, ese monigote de plomo que está ahí sobre el escritorio y de zampármelo por la cabeza?...

¡Ah, no!... ¡Por eso es que no me entendés, que nadie me entiende a mí!... ¡Porque no soy de los impulsivos que tiran fatalmente para el lado de la inmundicia, porque soy generoso como acabas de decirlo vos mismo, aunque mofándote como un estúpido de lo mejor que hay en mí, y que pueda haber quizá en el corazón de un hombre!... ¡Vos en tus impulsos te lanzas como un tigre sobre una pobre gringuita desamparada, otros sobre el dinero de los cajones abiertos, y la gente si no aprueba, por lo menos no se asombra, pero si yo le rompo la cabeza a un trompeta de almacenero, porque me parece al pasar, que está matando a golpes a una chiquilina de cinco años

que grita como un demonio, todo el mundo se escandaliza: "¡Que bárbaro el Malatesta!... ¡Mire que pegarle al pobre hombre con un queso de Holanda que estaba sobre el mostrador!... ¡Se necesita ser loco e impulsivo!"...

Alfonsito no puede evitar una sonrisa y Fortunato prosigue con amargura:

—¿Te ríes? ¡Cómo no te vas a reir! Nunca he visto uno de los que padecen tu clase de impulsos, que no se riera de los míos... ¡Es natural! Por eso mismo es que acabas de decirme, generoso con tanta sorna...

—Yo no lo dije con sorna...

—Sí, lo dijiste, pero no importa: no perdamos el tiempo en discutirlo ahora...

Y Fortunato tras una ojeada a su reloj, prosigue apresuradamente:

—Bueno, mirá: vos tenés razón. Eso que te he propuesto, es una cosa fea, es una irregularidad muy grande, es una indelicadeza, es una farsa inícua, todo lo que tu quieras, pero no hay otro remedio y tendrá que ser, porque yo, entre la villanía de engañar a los padrinos y al mundo entero con el espectáculo de tu falso valor, o entre la infamia monstruosa de permitir que te deshonres por mi culpa, no puedo vacilar y no vacilo un segundo, porque aunque tengas mil defectos, yo te quiero y te estimo, y cuando yo quiero o estimo a alguien, aunque sea a un imbécil, ese imbécil es para mí como un pedazo de mi mismo...

¿Cómo es posible, desgraciado, que no pase entonces por encima de muchas cosas con tal de salvarte y de evitar que uno a quien yo quiero y estimo tanto, pueda merecer la burla y el desprecio de toda esa caterva que estoy acostumbrado a mirar por encima del hombro, desde la altura moral en que ella misma me coloca?

¿Cómo quieres que yo consienta en que les des el gusto de verte arrastrando por el fango?... ¡No, mil veces no! Te juro que prefiero cualquier cosa antes que eso y que cueste lo que que cueste, no has de quedar malparado!...

¿Ah, ah?... ¿Te parecería bien que yo tan luego, que he hecho un culto del honor, que yo que creo que vivir sin él, no es vivir, que yo que soy incapaz de arrojar sombras sobre la reputación de nadie, no sólo por el enorme respeto que mi propia reputación me inspira, sino porque ya aprendí hace mucho y a fuerza de observar a los hombres y a las mujeres, que no hay como tener el honor averiado para no creer en el honor de los demás; te parecería bien, te digo, que permitiera que tú tan luego, el más viejo y el más íntimo de mis amigos, se hundiese para siempre, por no echarme sobre la conciencia un remordimienta de otra índole?... ¡Ah, no!... De lo que yo hago siempre respondo con mi cuero moral o físico... ¡mirá!...

Y Fortunato, después de atisbar una vez más hacia la puerta y de pasarse nerviosamente una mano por los cabellos, prosigue bajando la voz:

—¡Mirá!... Una vez, hace mucho ya... no tenía yo veinte años todavía... Fué allá en X. cuando estaba con mi tío Pedro ¿recuerdas?... ¡bueno!... Una señora, una señora muy bella, es cierto, pero mucho mayor que yo y por lo tanto con más experiencia... Empezaban recién nuestras cosas, cuando un día me dió a entender como que abrigaba temores sobre mi discreción, a causa de mi mucha juventud... Yo era casi un chico como ya te he dicho, pero te aseguro que al oir aquello, rojo de indignación y de vergüenza, le dije que si ella

creía que para tener honor era preciso llegar a los cien años, y me fuí de su casa tan ofendido como si su viejo esposo me hubiera abofeteado...

Y fué un mes después y hechas ya las paces, como podrás imaginarte, que ocurrió la terrible cosa, el tremendo conflicto sin salida en que me ví envuelto, y al lado del cual, éste, en que nos hallamos me resulta aún casi una niñería...

Figúrate: Yo iba a su casa de noche... Ellos vivían cerca de la nuestra... Iba cuando ella me hacía saber por una esquela que su marido se había quedado en la ruleta del Casino y cuando no iba, esperaba a poder ir encerrado en mi cuarto, como un maniático y releyendo sus cartas extravagantes...

Es probable que nuestros amores no fueran secreto para muchos, pero yo lo ignoraba en absoluto y puedo jurarte que nunca hice o dije — en mi concepto de entonces — cosa que pudiera autorizar la menor sospecha.

Bueno: una noche, una magnífica noche de verano recuerdo... Sería aproximadamente la una... Ella no quería que me fuese aún, a pesar de lo tarde que era, para hacer sin duda, lo más breve posible el lapso que por fuerza debía mediar entre mi partida y el regreso de su marido.

La pobre señora como la mayoría de las mujeres y como un buen número de hombres también, tenía un miedo cerval a los ladrones y para peor, noches antes, varios enmascarados cuya identidad permanecía aún en el mayor misterio, habían asaltado con una audacia loca, el chalet de cierta familia conocida y robado una gruesa suma, después de dejar "knock out" a no se quién de un cachiporrazo... Y si en el balneario no se hablaba de otra cosa, y si no había zonzo que no anduviese armado hasta los dientes, so pretexto de aquel suceso, bien se podía disculpar su inquietud a la señora, máxime sabiendo como yo sabía, que sólo la colección munismática que encerraba aquella casa, podía servir de tentación a los cacos...

...Y te puedes imaginar: "¡Un minuto más!"... "¿Cuándo dé la una?'"... "Cuando silve el tren'"... "¿Y ese ruído?.... ¡Ah!.... es la cama de la muchacha... ¡Si no hubieras estado tú aquí me hubiese muerto de miedo!... ¡Que guapos son ustedes los hombres!'"...

...Y yo hinchado de vanidad como un vulgar pavo, sonreía "modestamente", despreocupado del todo en el fondo y hasta quizá un poco resentido con los ladrones, porque no me ofrecían la oportunidad de demostrar a mi amada, hasta dónde eran capaces de llegar por ella, mis bizarrías de veinte años...

Sin embargo, a eso de la una y cinco, ya me pareció tanta nuestra inútil imprudencia, que aprovechando el pretexto de un break que pasó ante la casa sacudiendo rudamente los cristales de las vidrieras y los "bibelots" de las vitrinas, dije poniéndome de pie y con fingido azoramiento:

—¡Ahora sí, vida, ahí va ya el coche del viejo Renovales que vuelve del Casino y si no deseas mi muerte!...

—¡Bueno! — sonrió ella resignada y levantaba ya sus brazos irguiéndose de puntillas, cuando los dos nos quedamos sin aliento:

Afuera, en lo obscuro, pero allí no más, por el estrecho corredorcillo que caía junto mismo a la alcoba, alguien andando en puntas de pie acababa de pasar rápidamente.

Cecilia... digo la señora aquella; con la cara instantáneamente descompuesta por el terror quizo gritar, quizo lan-

zar sin duda uno de esos alaridos estremecedores de mujer asustada que suelen dejar pasmados a los hombres, pero yo le cubrí la boca con los guantes que tenía en una mano y con la otra apagué la lamparilla....

Y fué algo terrible che; una desesperación, ¡fijate!, la señora medio sofocada por mi mano y en los comienzos de un ataque nervioso, esforzándose por gritar su espanto y yo empeñado en evitar que lo hiciera, mientras oía ir y venir por el patio no ya las pisadas de uno, sino de varios hombres...

Vos sabés que yo no soy un flojo, pero te aseguro que en aquellos momentos sentí calor en la cara y como agujas de hielo entre la médula...

No tenía ni un alfiler encima y, además, la falsedad de mi situación, me arredraba, me volvía tímido...

De pronto, en una convulsión ella, que era bastante gruesa, se echó hacia atrás y con todo su peso gravitó bruscamente sobre mi brazo izquierdo desprevenido.... Comprendí que no podía sostenerla, que se me iba al suelo sin remedio, o mejor dicho, que nos ibamos los dos, y en consecuencia emplee todas mis fuerzas en evitar por lo menos que se golpeara... Después, y cuando estuvo tendida sobre el "parquet" en lo obscuro, observando que no se movía, me asusté y empecé a llamarla en voz baja como un tonto:

—¡Cecilia!, pero... ¡Cecilia!, pero... ¡pavita!...

¡Que pavita ni pavita!.... No sólo no hablaba ni se movía, sino que ni respiraba siquiera... Se hubiera dicho que estaba muerta.

Verdaderamente alarmado entonces, me disponía a encender ya la luz que tenía más próxima, cuando un gran ruido atrajo mi atención desde el patio: Era ese ruído estruendoso, característico e inconfundible que produce una puerta o una ventana brutalmente abierta de un empellón... Y no había vuelto en mí del asombro que aquello me produjo, cuando allí no más, en la pieza contigua donde dormía sin duda la sirvienta, se alzó de pronto un alarido agudo y salvaje como un relincho, uno de esos alaridos atroces de mujer que atraviesan la médula y que se quedan vibrando en el aire como una hoja de espada...

..Entonces me pareció... entonces sentí... ¿sabés?... eso que me da a veces... que ya te he explicado... Me pareció... ¿sabés? que estaba en ridículo, que era un imbécil, que todo el mundo se reía de mí a carcajadas; que estaba deshonrándome, en fin, y que no tenía más remedio que matar o hacerme matar en seguida de cualquier modo...

...Y sólo recuerdo bien, que salí al patio atropellando una puerta... que el patio aquel era muy angosto y que estaba tan obscuro que apenas se distinguían las cosas... que al ver el bulto negro de un hombre que pasaba junto a mí velozmente, me lancé sobre él como un loco... que el hombre al verse atacado, me tiró con todas sus fuerzas, algo muy pesado que pasó zumbando junto a mi cara y que fué a hacer pedazos un vidrio a mis espaldas... que yo le pegué un "swing" de derecha a aquel hombre, debajo de la barba, también pegado, que después de rebotar contra la pared cayó al suelo, y se quedó allí tendido largo a largo...

Después... después, los recuerdos se me confunden, o más bien dicho, nunca los tuve claros... Eso sí... hombres, muchos hombres, un verdadero remolino de hombres negros que me peleaban, que me estrujaban; golpes, relampagueos de arma

blancas desnudas y... ¡ah!, y pitadas sí, muchas pitadas de vigilantes...

Y tras un breve compás de silencio, que emplea aparentemente en mirar el suelo con el ceño contraído y con mucha atención, Fortunato prosigue con una sonrisa: Bueno; y ahora viene lo bueno; imajinate... Yo en la comisaría a las tres de la mañana, con esta mano rota — porque al pegarle al hombre, parece que me rompí dos metacarpianos — con esta mano rota como te digo y envuelta en trapos; con la cabeza vendada también, a causa de un tajo de lomo de machete que tenía en el cuero cabelludo y el comisario, un buen hombre gordo y socarrón, soltándome estas preguntas:

—¿Y si no había ido con ellos, si no formaba parte usted de la gavilla, qué estaba haciendo en la casa a tales horas?...

Al principio no entendía, no sabía lo que me pasaba... Yo creo que estaba medio idiota de los planazos que me habían sacudido por la cabeza para dominarme...

—¿La gavilla? ¿Qué gavilla?... ¡No se lo que usted quiere decirme, comisario!...

Pero el comisario lo sabía muy bien y te juro que cuando yo acabé de comprenderlo, me pareció que el universo se me venía encima... Mirá que sencilla era la cosa:

Tres muchachos de apellido Gómez Formentera... ¿No se si los habrás conocido?... Uno de ellos anda todavía por ahí, creo que es médico...

Bueno; esos tres hermanos y otro muchachuelo más, cuyo nombre no recuerdo ahora, todos bastante conocidos pero unos cachafaces de la peor especie; jugadores, peleadores y borrachos, habían dado en la flor de convertirse en ladrones... Ellos habían sido los enmascarados asaltantes del "chalet" de la familia de Acuña, ellos eran los que sin preocuparse de nada y con una audacia de locos o de ebrios, habían caído como un malón en el nido de mis amores, para perderse y para crearme la más espantosa de las situaciones morales en que me haya encontrado en la vida.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir... pero te juro que desde el primer momento me dispuse a salvar a la pobre señora aquella a costa de todo sacrificio y que si la cosa no resultó, no fué por culpa mía, sino por circunstancias que yo no pude preveer de ningún modo...

¡Pero que horror de situación che!... Figurate que para colmo, el mayor de los Gómez, que estaba aún medio borracho y que era aquel a quien yo había pegado, dijo al preguntarle el comisario, si yo formaba parte de la pandilla, que no lo recordaba bien, pero que "tal vez no más"...

Y así pasaron las horas y así medió el día siguiente, mientras el escándalo hacía arder el pueblo por sus cuatro costador, como una bolsa de paja...

Mi tío no estaba, se hallaba en su estancia y fueron a buscarle a toda prisa... Cuando llegó sofocado a eso del anochecer, yo aunque casi loco por la fatiga y por la angustia seguía firme en mis trece.

—Yo se que usted es un mozo decente; yo no dudo pero defiéndase... Vea que su situación se hace cada vez más comprometida...

Y yo que no podía traicionar la fe depositada en mi honor, ni tampoco confesarme miembro de la gavilla, desesperaba al buen hombre contestando a sus serias reflexiones con las mayores y más comprometedoras estupideces:

—!Ya le he dicho hasta el cansancio que yo no se nada, nada, nada!.... ¡Que yo no estaba en la casa!

—¡Pero hijo de Dios, si lo han sacado de la casa por la fuerza, si me ha lastimado allí a un vigilante!...

—Yo fuí como todos al ruído del escándalo...

—¡Está bueno! — Y el comisario se sonrería acariciándose la barba. — ¡Está bueno!... ¿Y si yo le dijera una cosa, amiguito?

—¿Qué?... ¿Qué cosa?

—Que alguien le ha visto entrar en la casa a eso de veintiuna...

—¡Miente ese alguien, yo no he entrado en ninguna parte!...

Mi tío desesperado y furioso quiso verme, pero como no se lo permitieron, se puso más furioso y desesperado todavía... Le oí discutir a gritos con el comisario en la oficina contigua, y luego marcharse a toda prisa... Pero... ¡a la pucha che!, ya amanece...

Y Fortunato después de echar una mirada de inquietud hacia la puerta, a través de cuyos cristales comienza a mostrar ya el alba su palidez verdosa, termina malhumorado su relato: Bueno; abreviando: Resultó que tío, que conocía al parecer al dedillo mis amores, aunque nunca hubiéramos hablado una palabra a ese respecto, se fué a la casa derecho, y después de descerrajar mi escritorio y revolver la correspondencia, le trajo al comisario la esquela que me había escrito la señora la tarde misma del hecho y que no podía confirmar en forma más rotunda, las afirmaciones verbales de mi tío ni poner más en claro mi inocencia: "Enero 20, a las tres. Fortunatito, malacabecita mío: Te espero esta noche a las veintiuna en punto. No te retrases ni un minutito porque me mato!" Y abajo, con toda la imprudencia de una criatura: "Fulana de Tal de Cual", sin ahorrarse ni una letra...

¿Y qué podía hacer yo, querés decirme?... ¡Ah!... ¡pero le pegué una trompada a mi tío que le rompí todos los dientes!...

IV

Son las siete, continúa lloviendo e Hilario Neuville enfundado en su abrigo gris, impecable, se pasea por la amplia sala de armas del "Círculo Hípico", a la sazón desierta y solitaria, azotándose una mano con un guante.

No le han nombrado padrino como lo esperaba, pero sí director del encuentro, función para la cual por su experiencia y energía, se le considera en muchos círculos, tanto o más eficaz, que para pilotear el más grave y enrevesado asunto, por entre los mil escollos de contradicciones y deficiencias que plagan los viejos códigos...

Hilario es el hombre de los asuntos serios. Se le busca sólo "in extremis" o por lo menos cuando hay casi la seguridad de irse a las manos... Se ha batido alguna vez, ha dirigido ocho duelos, según sus cálculos y habrá apadrinado una decena... Esto, como se supondrá, da motivo para que los que no le quieren, digan a veces, aunque en voz baja, con cierta sorna:

—"Ahí anda Hilario... ¿Alguno de ustedes está por batirse?"...

Pero son muchas las personas que le estiman de veras, y con

seguridad más de diez, no podrán olvidar nunca, así vivan mil años, que en una hora difícil de su existencia y cuando la gravedad del asunto de honor que les envolvía, arredraba y ocultaba a todos sus amigos aún a los más obligados y más íntimos, fueron como en última instancia y hasta quizá sin tener ningún título para ello, a buscar a Hilario, e Hilario les hizo acelerar los latidos del corazón, respondiéndoles cortesmente y sin vacilaciones, como un gentilhombre y como un macho:

—"Estoy a su disposición. Con mucho gusto."

Sin embargo, Hilario Neuville no está nada tranquilo aquella mañana... Flota algo en el ambiente de aquel lance, que le desorienta y le disgusta. Además, desde la hora en que quedó definitivamente concertado se han producido ya varias dificultades o tropiezos, que a pesar de su experiencia no pudo preveer y que en su concepto estricto, perjudican la seriedad de estos asuntos...

Primero, el tiempo; esa lluvia pertinaz y odiosa sobrevenida con el alba y que le obligaba a encerrar entre las cuatro paredes de una sala de armas, todo el aparato de un lindo duelo a espada, que para gustos clásicos, reclamaba a gritos aire y sol y cielo abierto y muchos metros de tierra para los pies... En seguida ese otro asunto del local... El intendente del Círculo negándose a permitir la realización del encuentro en la sala de la casa, sin orden expresa de las autoridades de la misma, y obligándole a salir a escape a recabarlas, y por último este descuido imperdonable de los cuatro padrinos, que se vienen, unos, con un juego de espadas que no es tal juego, porque entre las dos armas hay una diferencia de más de un centímetro en el diámetro de las cazoletas, y los otros, los de Fortunato, con una hoja llena de esquirlas y además tan floja, que a todas luces debe tener rota la espiga dentro de la empuñadura... ¡Ah!... Como lo revientan estas torpezas y despreocupaciones de los ignaros!... ¿Por qué se meterán en lo que no saben?

E Hilario impaciente, se acerca a uno de los grandes y fríos ventanales de la sala empañados a la sazón por la lluvia, para tratar de ver si vuelve el hombre que envió hace media hora, por sus dos juegos de espadas, cuando Zacarías Bustingorry, uno de los padrinos de Alfonsito, entra bruscamente en la sala, muy risueño, restregándose las manos y tropezando en una pedana:

—¡Brumn!... ¡Que frío!... ¡A la pucha, che!... ¿No vino ese todavía?...

—No.

Por más que tenga con él una buena relación, a Hilario le disgusta ver a Zacarías metido en esta clase de asuntos... Es un poco patán en su aspecto y en sus maneras y, además, uno de esos hombres que nunca parecen tomar en serio las cosas de los otros, por graves o dolorosas que sean... Por eso al verle entrar atolondrado y risueño como de costumbre, Hilario que recuerda que no lo estaba tanto, cuando se batió a sable con un tal Somellera, le pone una cara bastante fría.

Pero el otro en su natural aturdimiento, no repara en ello o no le importa "un pito" y arropado en su gran gaban a cuadros, peludo y extravagante, se pone a pasearse a lo largo de una pedana, "sacándose mentiras" de sus dedazos y pateando fuertemente el piso:

—¡La pucha!... Esta sala es una heladera y de las otras no te digo niente...

Y en seguida y sin transición alguna:
—¿Te has fijado, che, en la cara de "El Gringo"?...
Hilario contrae el ceño:
—No... ¿Qué tiene?...
—¡Caracho!... ¡Tiene que está pálido, amarillo; que parece un muerto!...
—Me dijo que había estado con neuralgias... que no había podido dormir en toda la noche...
—No se... pero te juro — como le decía recién a San Payo — que si no lo conociera tanto a "El Gringo", creería que estaba asustado... ¡palabra!...
Hilario se alza lijeramente de hombros y vuelve a mirar al traves de los cristales de la ventana, el cielo hosco y gris y la calle desierta bañada por la lluvia; pero, Zacarías continúa impertérrito:
—¿Y Alfonso, en cambio?... ¿Te has fijado en lo bien que está Alfonsito, che?... ¡Mirá! — aquí para "inter-nos" —... ¡Palabra que me ha sorprendido!... Vos sabés muy bien...
Pero Hilario, apartándose vivamente de la ventana, no le deja continuar.
—¡Ahí está — dice. — Vamos, che!...
Y seguido de Zacarías que se suena ruidosamente y que vuelve a tropezar en la pedana, sale a encontrarse con el hombre que trae las armas...

V

Los médicos están desinfectando las hojas, e Hilario cuidadoso y atento a todo como siempre, haciendo quitar a Alfonsito el cinto que lleva, porque tiene una gran hebilla cincelada, cuando un hecho insólito le hace volverse alarmado y dirigirse hacia el otro extremo de la sala.
Fortunato que está allí con sus testigos, acaba de levantar la voz en tono ágrio:
—¡Bueno, basta!... ¡Caramba!...
Y es que uno de ellos, Juan Necochea, un oficial del ejército, muy buen amigo suyo y a la vez de Alfonsito ha concluído por exasperarle con sus exhortaciones vehemente al perdón y a la misericordia...
El bondadoso muchacho, que conoce la fuerza del mozo, la violencia de su carácter y que le está viendo cañudo y crispado como un asesino, ha querido, talvez, tranquilizarse....
Hilario llega y tomando por un brazo a Fortunato, le aparta suavemente de sus testigos y le lleva a un ángulo de la sala:
—¿Qué tienes, "Gringo"?... Sigues enfermo acaso?
Fortunato se esfuerza por sonreír:
—¿Yo? ¡No tengo nada! ¡Absolutamente nada! ¿Por qué?
—Estás muy nervioso. Nunca te he visto así...
—¡Pues, no tengo nada!...
Y los dos hombres se miran por un instante el fondo de los ojos... Fortunato adusto y con expresión de desafío y el otro entre interrogador y preocupado.
—Bueno: estate tranquilo — dice al cabo Hilario — ya vamos a concluir... Total, no será nada... ¿Verdad?...
Y al apartarse le sorprende a Fortunato una mirada que le deja disgustado y perplejo:
¿Ha sido de desconfianza, de odio feroz o de locura?... ¡De todo había!...

VI

—¡A ustedes!...

Y soltando las hojas tendidas, Hilario se aparta vivamente, empuñando resuelto la espada que tiene en la mano, y atento a la primera actitud de Fortunato, que según sus cálculos ha de darle la clave para descifrar "muchas cosas"...

Pero los adversarios no se mueven. Alfonsito después de retroceder aquel paso prudente que prescriben los cánones, se ha inmovilizado en el sitio, bien perfilado y bien cubierto y Fortunato que no ha retrocedido, con la espada en una tercera tan baja, que casi apoya la cazoleta en el muslo, lleva la mano libre al cinturín y se lo arregla con la misma despreocupación de un matarife ante una res indefensa...

Y transcurren así, veinte segundos solemnes de inmovilidad y de silencio absolutos. Todos los circunstantes han palidecido un poco y avanzan las caras endurecidas por la emoción, unos contrayendo las cejas, otros entornando los párparos. Sólo aquel médico alto, flaco y de faz cadavérica, continúa como si tal, dando la espalda a la escena y disponiendo sus cosas sobre un banco...

De pronto, Fortunato ejecuta un paso rápido para ponerse a distancia y todos se estremecen, pero, Alfonsito, con el brazo tendido como una percha, lo anula de inmediato retrocediendo...

Fortunato entonces y después de echar una mirada de reojo a San Payo, que es de los que están allí, el más fuerte en esgrima; se pone a tratar de despabilar a su adversario, ya avanzando con cortos y veloces pasos ya retrocediendo.

Pero Alfonsito retrocede, retrocede siempre con el arma tendida y el brazo casi rígido, sin preocuparse de recuperar el terreno que va perdiendo. En esa forma, es imposible que haga algo antes de llegar a la descalificación y aunque puedan hacérselo, como no sea en un gran ataque a fondo y a toda fuerza de piernas...

Parece que se hubiese olvidado en absoluto de todo lo convenido o que se quiera burlar de Fortunato...

Este, con las mandíbulas apretadas por la ira que comienza a invadirle, avanza y avanza haciendo unos "envites" de cuarta grandes como una casa, pero, como cuanto más avanza tanto más retrocede Alfonsito resulta que nada se hace, con extrañeza de Hilario, del testigo San Payo y de cuantos entienden allí algo de armas, y que si bien podrían hallar la razón del continuo romper del uno, no encuentran nada que explique la rara inacción del otro...

San Payo llega a pensar que aquello se deba quizá al capricho un poco perverso de Fortunato de "meter una respuesta", y el capitán Necochea poco ducho en esgrima, pero cada vez más escéptico con respecto a los sentimientos generosos de su amigo, juraría que antes de pocos segundos, "El Gringo" va a hacer una atrocidad.

Y mientras tanto, el pobre muchacho con los oídos resonantes de rabia y de bochorno, piensa que todos aquellos hombres están ya a punto de descubrir la odiosa farsa y que él, por salvar la honra de otro, se encuentra al borde de perder la suya...

"¡Ah, pero eso no ha de ser, como hay Dios!"

Mas en el mismo instante oye sorprendido la voz de Hilario que manda hacer alto y le ve interponerse resueltamente con su espada en segunda.

—¿Qué? ¿Por qué? — Pregunta casi sin saber lo que dice,

pero Hilario, muy serio, sólo le contesta con un ademán expresivo de su mano libre y dice a Alfonsito:

—Debo advertirle, que sólo queda detrás de usted, poco más de un metro de su terreno...

—¡Ah!... ¡Bueno! ¡Bueno!

Y Alfonsito muy azorado, jira hacia atrás la cabeza, como para confirmar la verdad de aquel acerto...

Después, Fortunato que no consigue que su amigo obedezca a los llamamientos desesperados de sus ojos, ni que dé un solo paso hacia adelante, ni aún retrocediendo él mismo en la forma más sospechosa y más absurda, cree ver de pronto la luz de la salvación en un pedacito, en una nada de guante gris, que por el lado externo y al borde mismo de la luciente cazoleta, deja ver la mano de Alfonsito ya fatigada sin duda por el esfuerzo...

Y resuelto ya a traicionarle como se traiciona a un niño miedoso, para sacarle algún diente, Fortunato no vacila un segundo y bien cubierto en sexta, con todo el empuje y velocidad de sus tremendas piernas, se dispara sobre el pequeño blanco como un rayo...

Pero la suerte no le ayuda. El golpe errado por una diferencia de una centímetro, estalla como un tiro en la cazoleta del arma de Alfonsito, arrancando chispas, y éste, con un gran salto nervioso se pone inconciente al límite extremo de su campo...

Hilario vuelve a mandar hacer alto y mientras los médicos revisan la mano de Alfonsito, a la sazón lívido ya y completamente dominado por el miedo, le previene de nuevo:

—Debo advertirle que está usted en el límite mismo de su terreno...

—¡Ah!... ¡Bueno! ¡Bueno!

Y después de mirar hacia atrás y en tanto que sus padrinos le calzan el guante y le ciñen de nuevo el cinturín, Alfonsito torna a fijar sus claros ojos en los de su amigo, y en su trastorno, no le parecen ya los de un hombre, sino los de una bestia feroz que husmea la sangre...

...Y el mozo piensa con horror, que detrás de él, sólo hay un pie de su terreno y entre el límite de éste y el muro de la sala un metro escaso...

Por eso, al decir Hilario nuevamente: "¡A ustedes!" como Fortunato se queda inmóvil, fuera de distancia, Alfonsito no se mueve tampoco y tan descolorido que su cara se borra sobre el fondo blanco de la pared que cae a sus espaldas, tiende la espada todo lo que puede al extremo de su brazo casi rígido. Con sólo mirar la dilatación de sus pupilas y el temblor continuo que sacude su cuerpo y que la hoja de acero traduce como si fuera la manecilla del manómetro de su corazón, se pensaría que el mozo se halla tan al cabo de sus energías morales, como lo está de su terreno...

Y así es, en efecto: Alfonsito completamente desmoralizado y resignado ya, sólo aguarda un amago de ataque, para saltar al pavoroso abismo de deshonor que tiene a sus espaldas...

Y a esto que todos los testigos quizá lo sospechan, lo sabe tan bien Fortunato, que no se atreve, ni a moverse ni a respirar siquiera, mientras busca en el caos de su cerebro, algún expediente que le salve.

Pero, como comienzan a correr segundos y más segundos, en medio de aquella espectativa muda, que el alentar fatigado de Alfonsito, hace tan penosa, sin que Fortunato modifique su actitud; los testigos empiezan a moverse y así ocurre que des-

pués de transcurrido el primer minuto, que a todos les parece una eternidad; uno de ellos, San Payo, no puede más y vuelve la cara hacia el capitán Necochea, que está a su lado, para sonreirle levemente su nerviosidad y su extrañeza... Y es entonces, y cuando jira de nuevo el rostro hacia los duelitas, que se queda pasmado de sorpresa y de asombro:

Fortunato, siempre en guardia, pero con la cara completamente vuelta hacia él, le está mirando fijamente con una expresión tal, de ira salvaje en sus ojos negros, que el testigo de Alfonsito, dominado, aturdido, no sabe qué hacer y bajando los suyos, se aplica a mirarse el dorso de una mano, hasta que Hilario, atento a todo, le cubre discretamente con su cuerpo.

Fortunato entonces, desvía su mirada, se pasa nerviosamente por la boca, la mano que tiene libre y vuelve a encararse con su adversario, rectificando su guardia...

Y después, todos pueden ver claramente lo que ocurre:

Fortunato se sienta mucho en la guardia irguiendo el busto y contrayendo todos sus músculos como los espirales de un gran resorte...

Alfonsito, con los ojos enormemente abiertos e ijadeando de angustia cardíaca, tiende la espada todo lo que puede, listo para saltar atrás...

Hilario con disimulo se corre un poco hacia el lado del más débil, diciéndose con angustia: "¿A que todavía lo alcanza en el aire al muy?"... Pero no puede terminar su frase mental...

Con un gemido sordo y completamente descubierto en una suerte de enorme y loco envite de sexta, Fortunato acaba de lanzarse sobre Alfonsito, con todo el empuje de sus piernas...

—!Alto! — Grita Hilario, arrojándose decidido hacia los combatientes, pero cuando llega a ellos, le paraliza el asombro.

Pecho a pecho y como si se abrazaran fraternalmente, los dos adversarios están inmóviles contra la pared de fondo de la sala, de donde el choque violento de una empuñadura, acaba de arrancar un trozo de reboque...

En el primer instante, Hilario no ve, no puede ver el rostro de Alfonsito, porque la alta estatura y el ancho busto de Fortunato se lo ocultan, pero en seguida que una espada cae sobre el entarimado con gran ruído y la frente del mozo se abate de golpe sobre el hombro derecho de su amigo, Hilario ve surgir la cara de Alfonsito, como una verdadera máscara de espanto y le oye implorar en un balbuceo lloroso de niño amedrentado:

—¡Sacalo, che!... ¡Saquénmelo!...

Y el mozo va a poner ya sus manos sobre los hombros de Fortunato, cuando el médico aquel de la faz cadavérica, le dice interponiéndose y apartándole suavemente:

—¡Cuidado, señor!... ¡Cuidado!... Que me parece que tenemos aquí, una grave hemoptisis...

E Hilario horrorizado, advierte recién, que Fortunato respira estertorosamente, que lo está bañando en sangre a Alfonsito y que por el omoplato izquierdo le asoma un palmo de acero...

VII

Han transcurrido algunos años y en una asamblea política, un caballero alto, rubio y muy bien plantado, está hablando a sus correligionarios con voz reposada y persuasiva, cuando des-

de el centro mismo de la sala, otro caballero, un joven de labios burlones y de ojos atrevidos, le dirige una interrupción impertinente.

El caballero alto y rubio, no la oye o no quiere oirla y continúa impasible su discurso, por lo que el otro, despechado, se dispone a insistir, cuando uno de sus vecinos de asiento, le previene en voz baja:

—¡Cuidado, che!... No se meta...

—¿Por qué?...

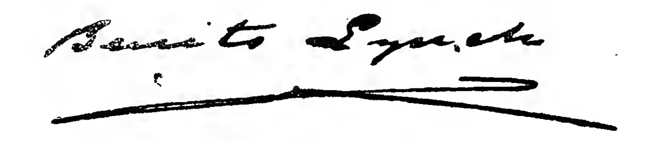
—¿No sabe quién es ese?...

—No.

—Ese es Ríogrande, el que lo mató en duelo a Fortunato Malatesta...

—¡Y a mí que me importa!...

Pero algo debe importarle sin duda, porque no vuelve a interrumpir al caballero alto y rubio, en ningún período de su largo discurso...





¿Por qué usa Vd. Talco?

Por rutina. — El Talco Boratado halaga el tacto de su mano, pero no suaviza la piel espolvoreada. Es resbaladizo y no ejerce ninguna acción fisiológica sobre la piel humana.

Hemos ideado una preparación en polvo impalpable y grasoso que llena la misión que el Talco no cumple. Es decir, que reemplaza. con ventajas, al mejor Talco Boratado. Lo denominamos.

Polvo Antiséptico "N. P. U."

(Que quiere decir: NO HAY MEJOR o NON PLUS ULTRA).

Suaviza, como una crema, la piel más delicada, y seca la humedad de los orines en los niños, origen de escaldaduras, escoriaciones, etc.

EVITA LA HUMEDAD y ELIMINA EL SUDOR

Pida **Polvo Antiséptico "N. P. U."** en las Farmacias.


Dólar
20,30 y 40
J.S. ONAGOITY
HUMBERTO 1° 1256
CIGARRILLOS
Dólar

